

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Jueves 30 de Setiembre.

El Eco de Cartagena

Cartas á una amiga.

II.

El traje largo.

Disponiame esta mañana, querida amiga, á escribirte, cuando me lo impidió la visita de mi prima Laura. Traía á su hija recién puesta de largo, y subió á sorprendarme con semejante novedad.

En realidad, nada más natural que hacer mujer á una chica de quince años; pero yo tengo la fatalidad de impresionarme por la cosa más sencilla, he visto despertarse en mi cabeza mil ideas, y vivo todavía embargada por los recuerdos de ayer, las realidades del presente, y las cavilaciones respecto al mañana. No es, pues, extraño que el traje largo me dé asunto para manchar algunas cuartillas.

La escena ya la puedes suponer; á que hablarte de las obocuentes miradas de la mamá, del casi vergonzoso silencio de la papá, y de sus continuos afanes para evitar que el brazo de la butaca le ajase la llamante faldita? Tu y yo sabemos lo que es ponerse de largo, y recordamos nuestros apuros de aquellos días.

¡Qué hermosa está!—me decían los ojos de Laura, una y cien veces.

Ya no soy niña,—quería Concha decirme con su exagerada formalidad.

Y la verdad es que una y otra, tenían razón. Concha, aquella criatura que te desesperaba, revolviendo tu costurero en busca de agujas, empieza á creer que las puras afectaciones de la familia y de la amistad, no bastan á llenar su corazón, ansioso de otra vida; es una mujer, y una mujer encantadora que no desconoce el poder de sus grandes ojos negros, y de sus quince años sobre todo.

Yo, cómo á ti te hubiese sucedido,

enseguida recordé... recordé tanto! También hubo un tiempo en que nosotras nos afanábamos por parecer más viejas, y ¡quien lo hubiera dicho! ahora que ya han trascurrido algunos años, sentimos no ser niñas como entonces. ¡Siempre lo mismo, Ana, siempre lo mismo! antes de poco, repetirá mis palabras, ese ángel que hoy entra gozoso en un mundo, que supone conocido, por haberte visto de lejos, á través de una fantasía de niña.

Tú no puedes comprender lo que por mí pasó al ver á mi sobrina, por que en ti Ana, hallo aun á la colegiala de otro tiempo. Si, por una escepcion muy rara, el traje largo respetó tu buen humor y la tranquilidad de tu existencia.

He tenido que soltar un instante la pluma, temiendo ser dominada enteramente por algunas ideas que quiero dar al olvido. Te hablaba del vestido largo de mi sobrina Concha.

Hay una edad que debía ser eterna; cuando encuentro una niña, sueltas las trenzas de sus cabellos, el sombrerillo echado á la espalda, y enseñando dos dedos del blanco escarpín, y cuatro de la fresca pantorrilla, mis ojos siguen sus menores movimientos, se fijan en aquella fisonomía, aun agena al arte del disimulo, y se oscurecen más de una vez, con una ligera nube de tristeza. Es que recuerdo mis doce años y, á mi pesar, las delicias del paraíso en que se deslizó mi infancia, se representa en mi imaginación, formando amargo contraste con mi existencia de hoy.

El día en que mi pequeña Herminia descubra deseos de vestir como su madre, será para mí un día de sufrimiento, pues tanto miedo le tengo al vestido largo, que consideraré perdida la tranquila inocencia de mi hija, y su envidiable felicidad, desde el momento en que aspire á arrastrar por el suelo la falda que hoy le cubre poco más de la rodilla. Así es que no puedo comprender el afán de algunas madres, en adornar á las niñas con los vestidos de una mujer; ¿serán ellas muy dichosas desde que los usan?

No sé si será una tontería; pero hay momentos en que me parece que la edad de las ilusiones y de la inocencia, nunca acabaría si no llegásemos una vez, á tener que recoger nos el vestido cuando hay lodo. Y no lo dudes, Ana, el vestido largo es el más temible enemigo de nuestra tranquilidad.

¿Has olvidado tú la tarde aquella en que se decidió dar de baja á nuestras muñecas? ¡Cómo la reproduce mi imaginación en este instante!

La ventana del gabinete en que estábamos, se hallaba, como siempre convertida en jardín, gracias á tus cuidados, consagrados en un todo, á aquellos tiestos predilectos; las flores del huerto se inclinaban á dos pasos, doblando sus frescos tallos hasta tocar los vidrios de la habitación, como disputando á sus hermanas, los favores de su señora; los pajarillos de aquel eden, nos hacían oír sus últimos gorgojeos; y el sol, que horas antes contempláramos llenas de admiración, cuando en la mitad de su carrera, bañaba con ardientes rayos nuestro pequeño paraíso, veíase ya rodeado de ese melancólico tinte rojizo, que es tan bello y tan fugaz.

¡Qué reservada eres, Herminia! ¿tienes algún disgusto?... me decías en tono de cariñosa queja y amante solicitud. No puedo decirlo—te respondí, sin dejarte satisfecha.

Y no te mentía, Ana; estaba triste contemplando las galas de mujer, que debíamos vestir al día siguiente. Como tú, había deseado desde mucho tiempo atrás, que llegase aquel momento, y una vez llegado me hallaba con ánimo intranquilo, como si me considerase sin fuerzas para las luchas de la vida que me esperaba. Yo completamente feliz hasta entonces veía perderse como por encanto, mi constante alegría, sin pensar en que desapareciera para siempre.

¿Me llenó de tristeza solo el presagio de las desventuras que me aguardaban? No; es que por una fatal coincidencia, también debía abandonar en aquel día, todo lo que me hacía dichosa: mis amigas, mi casa, mis adornos de niña.

El primer pesar lo tuve al vestir el traje largo; desde entonces Ana, no he sido feliz, y solo me complazco en recordar lo que disfruté de corto.

Tengo, así, motivos para mirar con lástima á esas pobres criaturas, que entre risa y entre llanto, se alejan de todo cuanto las rodeó en su primera edad. A no ser tú, no creo que haya una feliz con su traje de mujer: lo cierto es que siempre me dicen mis amigas, evocando dulces recuerdos: ¡Quién fuera niña, Herminia!

Le tengo horror á ese vestido, creo; al ver á una niña que, como Concha, estrena el primer traje largo me parece otra víctima más, necesariamente sacrificada á las exigencias de la naturaleza y de la sociedad. Por eso hoy que me ha visitado mi sobrina arrastrando su falda por la alfombra, se ha despertado en mí, un sentimiento de compasión.

Ana: ¡quién pudiera vestir siempre como vestíamos quince años há! ¡quién pudiera librarse del traje largo!

HERMINIA.

Madrid 25 de Setiembre de 1875

Correo general.

Madrid 28 de Setiembre de 1875.

Un periódico de Sevilla ha oído hablar de una refrega habida entre dos guardias civiles y siete contrabandistas que hace pocas noches trataron de introducir en la ciudad varias cargas de tabaco, sin que consiguieran su objeto, por la serenidad y valor de los espresados guardias que no se dejaron sorprender, resultando contuso uno de los contrabandistas.

El cabecilla Iturralde ha dirigido el 20 del actual una alocucion á los batallones alaveses, en la cual se deja entender la desconfianza del cabecilla, pues ya en ella se confiesa que son pocos los defensores del absolutismo en aquella provincia.

Los carlistas han obligado á retirar de los pueblos encartados, hácia el interior de la provincia, toda clase de